

Una visita a Dobruja
León Trotsky
3, 5, 6 y 13 de septiembre de 1913

(Versión al castellano desde “Une visite en Dobrudja”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 369-390; también para las notas. Publicado en *Kievskaja Mysl'*, números 243, 245, 246 y 253, los días 3, 5, 6 y 13 de septiembre de 1913.)

De viaje

El tren exprés de Bucarest a Constanza va siempre abarrotado. Tras la paralización del transporte ferroviario debido a la movilización, la circulación de mercancías y personas aún no ha vuelto a la normalidad en este país.

El tren sale a las cuatro y media de la tarde. Atravesamos una llanura fértil pero monótona. Hay mucha tranquilidad, el cielo está despejado y el aire es seco. Hace calor. Es el calor de la estepa, despiadado y agotador, que seca e irrita la garganta. La tapicería de terciopelo de los asientos, húmeda de sudor, se pega a la ropa. Rojos por el calor, mis compañeros de viaje, a mi derecha y a mi izquierda, parecían carne de horca. Pero tras hora y media en el coche, incluso la intolerancia hacia esos vecinos se desvanece. Estamos en tal estado de agotamiento y postración que dejamos de abanicarnos, soplar, secarnos la frente, beber o quejarnos. Languidecemos en silencio, desprovistos de energía. Media hora más tarde, cuando el dragón de Fëdor Kuzmič Sologub (fue en esta ocasión cuando, por primera vez, vi el sol como un dragón de verdad) empieza a dar muestras de fatiga al acercarse la noche, los pasajeros, vencidos por el sopor, recobran el sentido. Las señoras se bañan las manos en agua de colonia y se empolvan la cara. Los caballeros reajustan sus corbatas y reanudan sus conversaciones. Un vecino me ofrece amablemente un cigarrillo de una marca nueva: *La paix de Bucarest*¹. Fumamos, observando melancólicamente cómo la paz de Bucarest se esfuma y se convierte en cenizas. ¿Será un presagio?

El tema principal de conversación es el cólera que se cuela por todas partes y sigue haciendo de las suyas frente al alboroto de las desmovilizaciones, las entrevistas de los ministros, las intrigas de los partidos y las polémicas periodísticas. Entre los pasajeros de mi compartimento hay un fotógrafo francés que ha hecho fortuna en Constanza y ha fundado allí una familia. Le acompañan su mujer, su hija y el novio de ésta. También había una joven enérgica y de aspecto severo (médico de profesión, según supe más tarde) que había estado en primera línea de la lucha contra el cólera en Corabia. Viene a pasar unos días con unos parientes.

- Siempre se habla y escribe sobre desórdenes, dice, pero hay desórdenes y desórdenes. En Corabia me encontré con una situación terrible. Es uno de nuestros puertos fluviales en el Danubio; hay treinta mil habitantes, la mayoría búlgaros y griegos. Lo que ocurre allí es increíble. Los médicos del ejército no mueven un dedo, tienen miedo (no sé si me explico bien) miedo de acercarse a los pacientes. Los demás médicos también observan el cólera desde una distancia segura, a través de prismáticos. He ahí el desprecio boyardo, muy palpable, infantil, tan típico de nuestra Rumanía, por la vida de la gente corriente, los campesinos y los soldados. El mal, traído a Corabia por los soldados desmovilizados, se extendió a los cinco condados más cercanos a través de los campesinos que transportaban en sus carros provisiones para el ejército. Cinco mil carros han hecho el viaje de ida y vuelta, sin que nadie se diera cuenta del peligro. Sólo cuando los carreteros empezaron a mostrar síntomas del cólera, las autoridades se dieron cuenta

de repente de lo que estaba ocurriendo y decidieron establecer un lazareto de cuarentena en los alrededores del pueblo búlgaro de Bešlika.

- Allí, dos mil carreteros, rodeados por un cordón de soldados, fueron aislados al aire libre, sin que nadie llevara comida ni a los hombres ni a los animales. No había comida. Les prometimos que, en cinco días, una vez terminados los análisis, volverían a ser libres. Pero no teníamos material para los análisis, ni siquiera un microscopio. Al cabo de unos días, los campesinos protestaron diciendo que no podían esperar más porque la situación se había vuelto realmente insostenible. La respuesta fue enviar cuarenta soldados más y amenazar con usar las armas contra ellos. “Pero, ¿qué quieren que hagamos? No podemos quedarnos aquí bajo la lluvia y morir de hambre con nuestros animales”, replicaron los campesinos, amenazando con arrojar al Danubio desesperados. Obviamente, el cólera se extendió entre ellos. Pueden imaginarse lo que ocurrió. La asistencia médica era prácticamente inexistente, los alimentos escaseaban y la lluvia caía indiferente tanto sobre los campesinos muertos como sobre los vivos. Finalmente, después de retener a los campesinos durante quince días, los médicos decidimos dejarlos marchar sin haberlos sometido a ningún examen.

- En Corabia, donde un gran cuartel militar a las afueras de la ciudad se había convertido en un lazareto, ocurrió lo mismo. No teníamos suero, ni instrumentos, ni comida suficiente. Para el té, me llevé una estufa de parafina y una cacerola. Para esterilizar las jeringuillas, teníamos que utilizar la misma cacerola que para el té. La falta de desinfectantes también afectó al personal médico auxiliar, que empezó a morir de cólera. Los supervivientes huyeron y los médicos también tuvimos que ocuparnos de los muertos, metiéndolos en ataúdes y a menudo enterrándolos. En esas condiciones, la tasa de mortalidad llegó a ser muy alta, superior al setenta y cinco por ciento. En el hospital había padres con sus hijos y madres amamantando. Cuando las madres morían de cólera, los niños, privados de leche, morían de hambre ante nuestros propios ojos. En los pueblos infectados, la situación era aún peor. Las autoridades perdieron completamente la cabeza. Intentaron aislar ciertos pueblos donde el cólera hacía estragos, tratando de formar un cordón sanitario para no dejar entrar ni salir nada ni a nadie. Entonces, condenados a muerte, los campesinos amenazaron con sublevarse y se levantó el bloqueo.

- La población culpa de todo al mando del ejército, que no había tomado ninguna medida de precaución: ni siquiera sabía que había cólera en Bulgaria. Un regimiento fue enviado a Vratca, por ejemplo, que es uno de los focos del cólera. El médico del regimiento (me lo contó él mismo) pidió al oficial superior que trasladara a las tropas. “¡Imposible!” “¿Por qué?” “No podemos por razones estratégicas”. Pero, ¿qué tenía que ver la estrategia si los únicos búlgaros que quedaban eran ancianos y niños? Lo que han demostrado nuestras autoridades militares ha sido altivez presuntuosa e ignorancia arrogante. En Corabia, la gente les maldecía abiertamente, a todas horas y en todas partes, en la calle, en los restaurantes y en los cafés. Y los oficiales señalados bajaban la mirada y se mordían la lengua como si estuvieran en territorio enemigo. No marcha bien, no marcha nada bien. ¡El número de habitantes adquiridos por la nueva Dobruja es superado por el número de muertos por cólera!

En el vagón restaurante (ayer hubo un caso de cólera en este mismo vagón) se sentaba un grupo de gente muy alegre y bien vestida, en el que destacaban sobre todo los oficiales, con sus botas pulidas, sus uniformes bien ajustados (ni siquiera las mujeres llevan hoy en día caderas tan estrechas) y su acento francés. Sentados en pequeñas mesas, se desabrochan sus espaldas con la despreocupación y el aire de quien, tras conquistar una provincia para su país, puede por fin, y con razón, relajarse con una botella de vino. En el centro de uno de estos grupos, una elegante dama dirige la conversación. Al parecer, es la novia popular de un senador no tan popular. Su caro traje francés, sus anillos, su reloj

engastado con brillantes y su cadena de oro de tres metros de largo son una elocuente demostración de las impresionantes dimensiones del presupuesto estatal rumano.

Nos acercamos al Danubio. La noche está a punto de caer. El compartimento iluminado es invadido por enjambres de mosquitos de río y de pantano. Una miríada de mosquitos. Al principio, el viajero los ahuyenta con despreocupación y en broma. Pero muy pronto el asunto se pone serio. Grandes enjambres de mosquitos pululan por las cabezas, penetran en cuellos y mangas y se posan en manteles, platos y vasos. Todos nos desesperamos. Agitamos las manos, las servilletas y los periódicos en el aire, sacudimos la cabeza, nos tiemblan las piernas bajo las mesas y se nos tensan los hombros. Algunos se envuelven la cabeza en hojas de periódico. El compartimento se está convirtiendo en un manicomio. No podemos cerrar las ventanas o nos asfixiaremos. Finalmente, un ordenanza apaga la luz. El compartimento se sumerge en la penumbra, los mosquitos se desvanecen y los pasajeros consiguen recuperar la compostura. Se oyen “susurros y tímidos murmullos” alrededor de la popular mujer. A contraluz, se distinguen complicadas maniobras realizadas con todo tipo de armas.

Una vez cruzado el Danubio, comienza Dobruja. Estamos, sin duda, en la península de los Balcanes. Durante dieciséis kilómetros, el tren atraviesa el valle del Danubio, cruzando dos puentes y una presa de piedra. Ahora estaba completamente oscuro. En el viaje de vuelta, quise echar un vistazo al puente principal sobre el Danubio, como me había recomendado Meyer². El puente, enorme, pero de construcción ligera, fue construido entre 1890 y 1895 por el ingeniero italiano Saligi. Unas gigantescas estatuas de bronce de soldados de infantería romanos, colocadas al final del puente, recuerdan al viajero que la tierra y el agua siguen bajo el signo del militarismo en los Balcanes.

Recorrimos los 230 kilómetros entre Bucarest y Constanza en cinco horas, llegando a nuestro destino a las nueve y media de la noche. Kozlenko, uno de los marineros del *Potemkin*, que trabaja como cochero en la finca de la madre de mi amigo el médico (Rakovsky) con el que había hecho el viaje, nos recibió en la estación.

- Bueno, Kozlenko, ¿todo marcha bien?

- Sí, doctor, las cosas van bastante bien. Hemos sembrado la colza y ya ha brotado... Pero el arado de vapor está roto. Le pasa algo. Dejó de funcionar hace cuatro días. La vaca gris vuelve a cojear...

- ¿La vieja o la joven?

- La joven.

Esta conversación es música para mis oídos. ¿Dónde estoy, en Dobruja, o en el barrio de Elisabetgrado, en el inolvidable Gromokley³?

Caminamos hasta el muelle para oler el mar Negro. Han pasado diez años y medio desde la última vez que respiré aire así. Cuántos acontecimientos históricos han sucedido desde entonces y, sin embargo, el olor sigue siendo el mismo, no muy agradable, pero sí muy embriagador.

A nuestra izquierda hay un casino muy grande, luminoso y elegante, reservado a los oficiales. Sólo se puede entrar con una autorización especial, expedida caso por caso por las autoridades militares.

Cerca de mí, oigo hablar ruso y búlgaro. Otro marinero del *Potemkin*, un mecánico y un enorme búlgaro esperan a un amigo. Está a punto de llegar en vapor desde el nuevo puerto rumano de Balčik.

Constanza se extiende a lo largo de una franja de tierra. A ambos lados de la ciudad, el mar Negro exhala su aliento salobre, de olor pútrido.

Paseamos por la calle principal, iluminada por grandes farolas eléctricas. En la plaza, donde toca una orquesta militar y elegantes mujeres pasean en silencio, se alza un monumento a Ovidio⁴. Mis amigos me recuerdan que fue en Tomi, no lejos de aquí, donde

el poeta romano pasó un periodo de exilio. Comparado con el distrito de Kirensk, en la provincia de Irkutsk⁵, este lugar goza de importantes ventajas en materia de clima.

Según el último censo, Constanza tiene unos 25.000 habitantes de al menos veinticinco nacionalidades distintas. La situación es similar en el resto de Dobruja. Aquí es donde los esperantistas podrían dirigir sus esfuerzos.

En Mangalia y por sus alrededores

Tras pasear por la ciudad, intercambiar opiniones con el director del banco local y el presidente del consejo de distrito sobre el futuro del Cuadrilátero, darnos un chapuzón en el mar y comprar fruta en la calle a dos albaneses, por la tarde salimos de Constanza en una *brička*, llamada *tresurǎ* aquí, que traquetea más de lo que cabría esperar. La carretera parece verdaderamente rusa, es polvorienta como nuestra carretera a Jerson⁶. Con un aleteo, las gallinas huyen, también al estilo ruso, de los cascos de los caballos. Son caballos pequeños, ataviados con arreos al estilo ruso. Incluso la espalda de Kozlenko es rusa... ¡Oh, qué espalda tan rusa! No encontrarás una espalda así en ningún otro lugar del mundo, excepto en la provincia de Orlov. “¡Vamos, pasman, bestia perezosa y apestosa! Realmente se siente uno como si estuviera en Rusia. La familia de Kozlenko es originaria de la provincia de Orlov. La abandonó para hacerse marinero, sin imaginar que su destino le llevaría al exilio de por vida, por formar “parte del *Potemkin*”. Hace diez años que no ve a su mujer ni a su hijo y no tiene esperanzas de volver a verlos. Hace cuatro años envió su última carta al pueblo. Hoy, Kozlenko está solo en el mundo. Cuando se habla con él, mira con tristeza, pero no a los ojos. No tiene la astucia ucraniana. Al contrario, su rostro expresa una gran sencillez. “Ahora que sé rumano y un poco de búlgaro y turco, dice, no corro peligro de pasar hambre. Vaya donde vaya, siempre puedo pedir pan”.

A media hora en coche de Constanza, nos detenemos en un pueblo donde viven *skopci* rusos en cinco casas diferentes. El médico y yo fuimos a echar un vistazo a algunos de los caballos de que tenían en propiedad y a que nos dijeran su precio.

Cuando se produjo la movilización, el ejército requisó los mejores caballos y Kozlenko sólo ha conseguido recuperar uno hasta el momento, un caballo raquíto, en Constanza. Nadie sabe qué ocurrió con los demás. Se dice que, durante la desmovilización, los oficiales se deshicieron de sus caballos y se llevaron los mejores de los requisados. El mayor de los tres hermanos *skopci* que viven juntos se reúne con nosotros en las afueras del pueblo. Tiene treinta y cinco años, es gordo, fofo y tiene cara de niño. Se sube a la *tresurǎ*.

- Todos se han trasladado a la ciudad, doctor, y aquí todo está en ruinas, nos dice, refiriéndose a la actividad política del doctor. Alguien quería que pasara esto. Yo no, y él tampoco. Ninguno de nosotros lo quería. Pero, en mi opinión, a alguien le convenía. ¿Me equivoco?

Entramos en el prado para echar un vistazo a los caballos. Kozlenko los examina con interés, incluso con pasión: dice ser un fiel amigo de los caballos.

- Estos *percherones* volvieron ayer de la requisita. Están bien y han comido algo. Lo único es que, quién sabe por qué, algún desgraciado les cortó la cola y los dejó ridículos.

El *skopec* pide un precio desorbitado por sus caballos y también intenta ofrecernos una *tresurǎ* en alquiler. Entramos bajo el quiosco para discutir el asunto tomando una taza de té. Los dos hermanos más jóvenes se sientan a charlar con nosotros. Es difícil saber qué edad tienen, entre dieciocho y treinta años. Más tarde, se nos une un tío, un anciano tímido y evidentemente muy pobre. Los campesinos se sirven ellos mismos la comida;

las mujeres, pálidas y descoloridas, no ponen un pie fuera. La conversación sigue siendo evasiva y cortés, como corresponde a gente que está tomando té.

- Vanja, vanja (le grita el hermano mayor a Kozlenko). Ven a tomar el té con nosotros.

-No, gracias, no me apetece.

- Ven aquí de todos modos.

- No, no me apetece. Tomé un poco esta mañana en Constanza y ayer también. Ya no me apetece.

- Su vanja vale su peso en oro, doctor, dice el *tío* con simpatía. No hay muchos trabajadores como él. Le vi llorar cuando murió uno de sus caballos. ¿Por qué lloras? No es tu caballo. Pero aun así le entristecía... Cuando va solo a casa, siempre lleva a los caballos a pasear. No encontrará a otro que cuide de los caballos como él. Uno de nuestros vecinos ha contratado gitanos, pero dice que no está contento con ellos. Se pelean todo el tiempo. Tiene miedo de que un día pase algo y tenga que llamar a la policía.

- ¿No estáis cansados de vivir en un país extranjero?, pregunté a los campesinos.

- Estamos acostumbrados, señor, nos acostumbramos a todo. Hacemos lo que tenemos que hacer y ya está. Aunque se tenga suficiente, no se puede hacer nada. Si tuviéramos suficiente dinero, podríamos escaparnos, al menos durante el invierno, pero no lo tenemos, así que ni siquiera podemos permitirnos el lujo de estar cansados de este país.

- Y, sin embargo, a usted no le falta dinero, le sobran algunos centavos...

- ¿Puede creerlo, doctor? ¿Y quién nos habría dado ese dinero?, interrumpe uno de los campesinos, en un tono evidentemente irritado. Luego respondió a mi pregunta anterior.

- Durante el invierno también hablamos de política. En el pueblo hay moldavos, griegos, turcos y búlgaros. También tuvimos un armenio que murió la primavera pasada. También hay gitanos. En resumen, hay todo tipo de gente. Nos reunimos y nos decimos: "Todos los que estamos aquí podemos considerarnos embajadores de los turcos, los griegos, los rusos y los armenios. Hablamos de política". Así pasamos el tiempo.

- Y ahora, ¿cómo están las cosas en Rusia? pregunta el *tío*.

- Hace mucho tiempo que me fui...

- Así que usted también ha estado fuera bastante tiempo, como nosotros. No hace mucho, algunos de nosotros llegaron de Siberia. Estaban exiliados allí.

- Ah, sí, vi a muchos de los suyos en Siberia.

Al oír estas palabras, reviven un poco. ¿Lo vio?

- En 1900. Pasé diez días con sus noches con ellos en una barcaza en el Lena. Eran cuarenta. Luego empezaron a cultivar y vender verduras en Olekminsk y les fue muy bien. Se hicieron ricos...

- Sí, sí. Pero cuando se les permitió salir de Siberia, vendieron todo y se fueron a Rusia. Pero las cosas no funcionaron tan bien allí, así que volvieron sobre sus pasos. Por desgracia, en Siberia, no había lugar para ellos, no quedaba nada para ellos. Lo perdieron todo. Así es como vinieron a vivir con nosotros...

El quiosco está rodeado de manzanos y perales. Todo está en su sitio. Pero hay algo insípido y monótono en todo ello: aburrimiento. Falta algo. La vida, los niños, las madres. Las caras hinchadas de los hombres, a pesar de su cortesía, son desagradables.

- Por favor, tome un té. Beba un poco más. Es el té de Rastorguev, a tres rublos la libra. Hágame el favor de beber un poco más.

Nos vamos. Los pequeños caballos van a buena velocidad de vuelta al establo de la granja donde Kozlenko los crío. Desde su llegada a Rumanía en 1905, ha criado dos generaciones de caballos.

- Son muy desagradables, dice el doctor. No me gustan. No sólo son aburridos, sino también irascibles, envidiosos y codiciosos. No saben lo que es la compasión y nunca perdonan una ofensa. Los conozco bien. Cerca de Mangalia, hay todo un pueblo de *skopci* que se llama Doomai. Hay una historia para contar que puede darle una idea de sus costumbres. Hace diez años, un *skopci* llamado Vassili trabajaba para nosotros como cochero. Durante la guerra ruso-turca [1877-1878], fue cochero en Ploiești y así fue como siguió al ejército ruso hasta Sofía. El príncipe Alejandro de Battenberg, que gobernaba Bulgaria en aquella época, no tenía cochero, así que Vassili se puso a su servicio con su propio carruaje personal. Fue él quien acompañó al príncipe en su visita a Serbia, ya que Sofía y Belgrado aún no estaban unidas por ferrocarril en aquella época. Finalmente, en 1886, Battenberg fue derrocado y Vassili le acompañó una vez más, la última, hasta el Danubio, donde atracó en el transbordador de Lom. Cuando llegó el momento de separarse, Battenberg le dio cincuenta napoleones de oro por su leal servicio, le estrechó la mano y lloró. Al menos, eso es lo que Vassil nos contó...

- Tras haber acumulado cuarenta mil francos, Vassili confió su capital a un oficial ruso (era el padrino del hijo de éste) para que lo invirtiera en propiedades en Sofía. Los negocios del oficial fueron mal y, en 1885, el gobierno zarista lo llamó a su patria junto con todos los oficiales rusos y tuvo que abandonar Bulgaria. Así, Vassili perdió todo su dinero. Pobre y sin recursos, regresó a Rumanía. Trabajó como cochero para varios terratenientes, pasando tres o cuatro años con cada uno de ellos. Cuando se unió a nosotros, ya tenía sesenta años. ¡Qué magnífico cochero! Pero no se quedó mucho tiempo con nosotros. A los tres o cuatro meses, se quedó paralítico. Lo llevé al hospital de Mangalia, donde permaneció un mes y medio. Logró recuperarse y le dieron el alta. Pero estaba totalmente discapacitado. Las autoridades decidieron confiarlo al cuidado del *skopci* de Doomai. Pero los lugareños pusieron objeciones. Vassili ya no era de los nuestros, decían, había comido sopa con carne, había renegado de su fe, etcétera. De todos modos, las autoridades les obligaron a quedarse con él. El anciano no permaneció mucho tiempo en Doomai. Al cabo de un tiempo, supimos que un buen día, uno de los líderes de la comunidad de los *skopci*, un tal Kravčenko, se llevó a Vassili a Constanza. Desde entonces, no se ha sabido nada de él y se ha perdido su rastro. Se dice que, para librarse definitivamente de esta carga, Kravčenko ahogó al anciano en el mar con el consentimiento de los demás *skopci*.

- Lo más probable es que fuera así. No lo dudo ni por un segundo. Este Kravčenko era un verdadero sinvergüenza. Estaba en buenos términos con la municipalidad, conocía las leyes rumanas y, sobre todo, todo tipo de estratagemas y subterfugios. Cuando regresó al pueblo, continuó con sus intrigas. Por lo general, los *skopci* llevan sus negocios con honradez; pero Kračvenko les enseñó a engañar a la gente, a vender dos veces lo mismo. Acabó mal: a él también lo mataron. Tras una estafa sobre un molino de viento que había vendido, lo encontraron con un agujero en la cabeza, junto al molino. Si uno observa el modo de vida de los *skopci*, se convence de que la diferencia de sexos es un principio social, fuente de altruismo y de toda forma de nobleza...

Kozlenko, que había seguido la conversación desde su asiento, se mostró de acuerdo con lo que se había dicho.

- No creo que hubiera sido buena idea comprarles caballos, doctor. Piden demasiado. Encontraremos otros. Incluso su *tresură* no vale mucho, en mi opinión. Está bien como un carro agrícola, pero no tiene elegancia.

Nos dirigimos hacia el sur a lo largo de la costa. El olor del mar nos acompaña. Pasamos por una ciudad de barro termales con un balneario al que llegan pacientes de toda Rumanía. Hacemos una pausa en Tuzla, un gran pueblo búlgaro a medio camino entre Constanza y Mangalia, nuestro destino. El tabernero, un viejo búlgaro, nos ofrece

unas rebanadas de *kačkavalj*⁷ ahumado y café turco. A nuestra derecha hay tres búlgaros del Cuadrilátero que se dirigen a Constanza por negocios. A la izquierda, hay gente que habla ruso: un guarnicionero que vive aquí desde hace veinte años y dos ruso-alemanes, colonos que emigraron de Rusia a Rumanía. La Babel de Dobruja nos asalta por todos lados. Acordamos con los tres búlgaros del Cuadrilátero volver a vernos más tarde en Mangalia. Volvemos a subir a nuestra *tresură*.

El cielo se está cubriendo; hay olor a hierba y a polvo de la carretera en el aire. La espalda de Kozlenko empieza a fundirse con la noche que cae. Todo está en silencio. Apoyados el uno contra el otro, dormitamos. “¡Trrr!” Kozlenko ha detenido los caballos en medio del camino y espera pacientemente, silbando absorto. ¡Qué paz! Me hormigean las piernas. Me asalta la impresión de irme de vacaciones y dejar la estación de Novi Bug partiendo al pueblo de Yanovka⁸. “¡Trrr! ¡Pasma!”

Llegamos a Mangalia frente a una vieja casa de provincias, con portales y techo bajo. La familia de los propietarios procede de Kotel, en el corazón de los Balcanes. Su padre y su abuelo eran pastores que apacentaban sus rebaños en tierras abiertas, cada vez más al norte de la cadena de los Balcanes. La colonización del sur de Dobruja por los pastores llegó a su fin en 1850. La ancianita, guardiana de la casa y de las tradiciones, tiene setenta y cinco años y ha vivido más de la mitad de su vida bajo dominio turco. Su marido, fallecido hace unos años, era un *čorbadži*, un hombre rico que representaba a la comunidad del pueblo ante las autoridades turcas. Se trata de una familia búlgara muy conocida, una familia histórica. Savva Rakovsky, el “soñador loco”, como le llamaba Vazov⁹, fue una figura muy famosa en el renacimiento de la nación búlgara. Fue encarcelado con su padre en Constantinopla y condenado a muerte varias veces. Pues bien, este patriarca de la revolución búlgara, que murió en Bucarest en 1867, era tío de la anciana. La casa alberga un archivo único sobre la historia de la lucha búlgara por la independencia nacional.

Estanterías de libros, viejas oleografías de estilo naif, estufas decoradas con diseños enmarañados, innumerables alfombras tejidas a mano, colgaduras donde hay sitio para colgarlas. El olor del mar, a poco más de cincuenta pasos, entra por las ventanas.

A la mañana siguiente, fuimos a visitar Mangalia. A pesar de su tradición milenaria y de presumir de ser “el segundo puerto de Rumanía”, es una pequeña ciudad de menos de dos mil habitantes. Mangalia vivió tiempos mejores bajo el dominio turco. Tras la guerra ruso-turca [1877-1878], cuando el norte de Dobruja fue separado de su parte sur, es decir, el actual Cuadrilátero, y entregado a Rumanía, Mangalia perdió su poder comercial y decayó. Ahora, con la anexión de la nueva provincia, la ciudad comienza a revivir. Hoy es la fiesta del *bayram*¹⁰. Los tártaros pasean en sus carros y disparan sus pistolas. “*Bayram mibarek olmak*”, “*Evvel Allah, evvel Allah*”¹¹. Desde lo alto de la mezquita, el almuédano¹² entona oraciones incomprensibles en dirección a los cuatro puntos cardinales.

El mar centellea bajo un sol radiante. Hay goletas atracadas. Unos gitanos muy jóvenes, de piel bronceada, se zambullen en el agua. Los gitanos turcos, con turbantes de vivos colores y anchos fajines rojos, verdes o amarillos, sobre pantalones hasta la pantorrilla adornados con cintas, celebran la fiesta del *bayram*. Algunos de los *skopci* hacen caso omiso de nuestros saludos; sin mirar ni a derecha ni a izquierda, regresan del mercado con artículos que llevarán al pueblo. Incluso Kozlenko regresa con un kilo de *kačkavalj* para llevarse a casa. Me doy cuenta de que tiene un ancla tatuada en el brazo izquierdo.

- Fuiste gravemente herido, ¿verdad, Kozlenko? Me lo ha dicho el doctor.

- Sí, así es. En Feodosija, los soldados nos dispararon desde la orilla cuando nos íbamos en un bote de remos. Una bala me dio en el costado y salió por detrás. Enseguida

supe que era grave. Cuando el médico subió a bordo, estaba medio inconsciente. Pero conseguí recuperarme. El único problema ahora es que, cuando estoy cansado, me duele el costado. Kovalev también resultó herido. Murió más tarde, por otras razones, en Tulcea...

Hace calor: 32 grados a la sombra. A lo largo de la calle que cruza el bazar, hay gente sentada en las mesas de los cafés, lugareños y forasteros, gente ocupada y holgazanes. La calle parece una exposición etnográfica. Un grupo de turcos sosegados y barbudos están sentados a una mesa. Sorben tranquilamente su café negro, tomándolo a pequeños sorbos y emitiendo murmullos raucos. En la mesa de al lado hay unos *skopci* de un pueblo vecino. Beben té al limón que saborean con terrones de azúcar en la boca. Hablan de negocios con voz de falsete. Un grupo de notables rumanos se sienta alrededor de dos mesas. Juegan a los dados y al chaquete. Los tres búlgaros del Cuadrilátero que conocimos en Tuzla, uno de los cuales resultó ser gagaúzo, beben cerveza. Nos sentamos con ellos y un hirsuto griego nos sirve dulces turcos y agua.

Unos cuantos *lipovanos*¹³, antiguos creyentes, se reúnen frente a una droguería. Son pescadores, altos y barbudos (nunca se han afeitado) con aspecto digno. Suelen hacer el servicio militar en la marina. Tártaros de vacaciones desfilan por la calle principal con sus carros. Algunos gitanos turcos (musulmanes) y rumanos (cristianos), muy diferentes entre sí, se pasean arriba y abajo. Doy un paseo por la calle principal con mi amigo, que me hace de guía. Me sorprende su desenvoltura en este caos étnico y lingüístico. Mira a derecha e izquierda, recibe reverencias, intercambia algunas palabras, pasa de una mesa a otra, se asoma a las tiendas, pregunta sobre ciertos asuntos y, además, hace observaciones políticas y recaba información para artículos periodísticos. Todo ello en una docena de idiomas. En una hora pasa del rumano al búlgaro, del ruso al turco, del alemán (con los colonos recién llegados) al francés (con los notables) sin ningún problema.

- El doctor conoce todas las lenguas, explica Kozlenko, como si hablara de algo que existe desde la noche de los tiempos.

- ¿Conoce usted a los *lipovanos*, Kozlenko?

- Conozco unos cuantos.

- ¿Cómo se llevan los *skopci* con los *lipovanos*?

- No muy bien, son como el perro y el gato...

Antes de discutir los problemas del Cuadrilátero con los nuevos ciudadanos rumanos, decidimos hacer otra visita a Gelendžik, esta vez un gran pueblo rumano y tártaro. Kozlenko comprueba en silencio las correas de los caballos y afloja los arneses. Ocupamos nuestros puestos en el *tresură*. Un joven se acerca cautelosamente al doctor. Es ruso, un *lipovano*, pero tiene nacionalidad rumana. Ha desertado y pregunta al médico si cree que podrá beneficiarse de una amnistía con motivo de las celebraciones de la victoria. Caminamos por un estrecho sendero a través de los campos. La mayoría de los cereales, a excepción del maíz, que aún no ha madurado, han sido cosechados. Nos detenemos en casa de un hortelano. Su mujer, tártara, lleva pantalones anchos y sus hijos, el torso desnudo. Perros con colmillos amenazadores deambulan por los alrededores. En el suelo hay peladuras de sandía cubiertas de enjambres de moscas. El hortelano se ha marchado a Mangalia. En el huerto, un tártaro, desertor del ejército búlgaro, está cavando. Comemos una sandía. Hablamos del riesgo de cólera. Finalmente, cargamos la *tresură* con unas cuantas sandías y nos ponemos en marcha de nuevo. Pasamos por túmulos funerarios, similares a los de Nueva Rusia.

- Kozlenko, ¿hay por casualidad oro en estos túmulos?

- ¿Pero a quién se le ocurría enterrar oro aquí? responde Kozlenko, melancólico.

Nos acercamos a la finca.

- Vemos nubes de vapor, doctor, deben de haber conseguido que la máquina vuelva a funcionar.

Efectivamente, el arado expulsa nubes de vapor. Un polaco, que llegó aquí después de trabajar en un cine de Constanza, es el encargado de hacer funcionar el misterioso mecanismo. Es muy hablador, sobre todo de su vida, pero sabe poco de las máquinas. El doctor baja de la *tresurã* y, como corresponde a un jefe, se entretiene media hora con el arado de vapor, sin motivo aparente. Mientras tanto, Kozlenko me cuenta la historia del pueblo de Gelendžik.

- Ese hombre con la grada es el cortijero de la finca. Es rumano, un buen hombre, su hermano es oficial. Antes de él, tuvimos un búlgaro, un ladrón. El doctor la aguantó mucho tiempo, luego la echó. Nuestro pueblo es mitad turco y mitad rumano. Es un pueblo muy pobre. Antes era bastante rico. Pero los turcos son perezosos, no hacen asuntos como deberían. Venden cinco hectáreas de su tierra, se comen las ganancias y luego venden otra parte. Al final, se quedan sin tierra. Los rumanos son muy trabajadores, pero beben demasiado. Así es como el pueblo se empobreció...

El doctor da unas cuantas sandías al arrendatario y al ingeniero de cine, y luego partimos hacia Gelendžik.

- Echa un vistazo. A la izquierda se ve la granja de los campesinos, desvencijada y enferma; a la derecha, la nuestra. Parece un bosque. Los campesinos obtienen una mazorca de maíz por planta, mientras que nosotros obtenemos dos o tres. Lo mismo ocurre con el trigo y la colza. Esa es la ventaja de la agricultura a pequeña escala.

Las casas de Gelendžik tienen tejados de chapa ondulada o tejas. No vi ningún tejado totalmente de paja o mezclado con barro. Con motivo de la fiesta de bayram, las calles están abarrotadas. La taberna está llena de gente.

- Han trillado y vendido su cosecha. Ahora la están regando, explica Kozlenko.

Moïsi, el tabernero, un coloso rumano de Transilvania, es también comerciante de alimentos y presta dinero. Con un tamiz, clasifica la colza, que recoge en un hule. En la ciudad, los transilvanos son barberos, camareros y gestionan los baños públicos. En el campo, son agricultores, pequeños capitalistas y kulaks. En invierno, juegan desenfadadamente a las cartas. Son una raza enérgica que, en muchos aspectos, desempeña en Rumanía el mismo papel que los macedonios en Bulgaria. Moïsi no está satisfecho con la política rumana. Considera que Rumanía ha reaccionado demasiado tarde y no ha conseguido lo suficiente. En su opinión, debería haber pedido al principio de la guerra a Turquía y Bulgaria cuál de las dos ofrecía más, y luego aliarse con el mejor postor.

He aquí la granja. En la casa donde vive el cortijero hay una habitación con cerradura. Es el lugar reservado a los negocios. Libros en todos los idiomas se amontonan contra las paredes manchadas. Hay una biblioteca bien surtida de libros rusos, con una gran colección de obras publicadas en el extranjero en 1905...

En busca de comida, fuimos al ala reservada a la servidumbre. Allí encontramos al cocinero, un desertor griego del ejército turco. El doctor lo encontró el otoño pasado al borde de una carretera. Estaba llorando, sin zapatos ni boina. Si no recuerdo mal, este es el tercer desertor que he conocido hoy. Un desertor ruso del ejército rumano, un desertor tártaro del ejército búlgaro y un desertor griego del ejército turco. Va descalzo, lleva el pelo bien peinado y parece un rompecorazones. Habla un poco de francés. Le pedimos que nos prepare pollo con arroz y, mientras él va a buscar el pollo al corral, nosotros nos hacemos con una lata de aceitunas (aquí las aceitunas son una necesidad) y nos vamos a saciar la sed a la fuente.

Luego viene la segunda parte del programa: comprobar las cuentas. Hace su entrada un quesero rumano que lleva una tablilla de madera en la que están grabadas

líneas y cruces que representan cientos y miles de litros de leche. Luego viene el herrero, un ruso-moldavo, después un par de búlgaros que cultivan colza y, por último, dos gitanas locales, una presentando la cuenta y la otra, su cuñada, echando una mano. Un gitano alto y guapo, un turco, ofrece sus servicios, junto con sus compañeros, para podar el extremo del maíz para que madure más rápido.

Los gitanos del lugar, rumanos, trabajan mal y son ladrones, pero muchos campesinos los emplean con gusto porque pueden retorcerlos sin escrúpulos. A menudo ocurre que un campamento de gitanos trabaja dos meses, pero sólo le pagan por veintisiete días de trabajo. No pueden controlar las cuentas. En cambio, los gitanos turcos están mejor formados y trabajan mejor.

Una vez terminadas las cuentas, la gallina, que acababa de picotear despreocupadamente en el corral, nos espera en la mesa, rodeada de arroz. Kozlenko nos trae vino de la taberna de Moïsi. Comemos en el porche. Mientras tanto, Kozlenko prepara una *tresurǎ* más grande, instala ramales fuera de las ruedas y enjaeza un tercer caballo.

- Así será más cómodo. ¡Trrr!

Cae la noche. La *tresurǎ* se balancea suavemente. Somnolientos, volvemos a Mangalia. Volvemos a respirar el olor pútrido y salado del mar Negro.

*Le président du Conseil général*¹⁴ [El presidente del consejo general]

- Simeón, Simeón, ven aquí, grita mi amigo a alguien al otro lado de la plaza, hacia el monumento a Ovidio. Luego se vuelve hacia mí:

- Voy a presentarte a un notable local, un personaje interesante, una figura política al más puro estilo rumano. Obsérvalo con atención...

Simeón se acerca a nuestra mesa. A pesar de su baja estatura, parece imponente. Mientras nos presentan, le observo atentamente. Es un hombre fornido, con bigote negro mezclado con pelo blanco y ojos sureños, inteligentes y alegres, situados sobre una nariz carnosa. Lleva una llamativa cadena de oro sobre el estómago y un diamante de gran tamaño en un dedo de la mano izquierda. Va vestido con elegantes ropas de verano. Simeón se quita el sombrero, dejando al descubierto un cabello negro, rizado y ligeramente canoso. ¡Qué espléndido espécimen de sureño! Debe de tener unos cuarenta y cinco años.

- Sr. Simeón N., *président du conseil général* [presidente del consejo general].

- Sr. N. N., *journaliste russe* [periodista ruso].

- *Enchanté!* [¡encantado de conocerle!] dijo Simeón, haciendo un gesto amistoso con los modales de un gran señor.

El *président du Conseil général* es, por decirlo en términos más consonantes, una persona de la talla del presidente de un zemstvo provincial. Simeón es takista, es decir, conservador-demócrata y partidario del actual ministro del interior (1913), Take Ionescu.

- ¿Cómo van los negocios, Simeón?

¿Los negocios? Simeón no está satisfecho con la forma en que marchan los negocios. Está insatisfecho con la situación política en general. Todo está al revés. En las recientes elecciones municipales de Constanza, los liberales aplastaron a los conservadores y lo mismo ocurrirá mañana en las elecciones *departamentales* [comarcales, departamentales]. Los liberales ganan porque tienen energía y disciplina. Y, *entre nous* [entre nosotros], el único partido real en Constanza y en todo el país es el partido liberal.

- Soy takista, pero le digo: no hay nada que hacer.

- Es un pesimista, ¡ya no le reconozco, Simeón! Pero, por cierto y *à propos* [a propósito], ¿va a comprar el zemstvo sus lámparas?

Simeón ignora la pregunta, cuyo significado se me escapa.

- No, no, las cosas no marchan bien. Los liberales controlan los bancos, los curas y los maestros. Lo controlan todo, hacen lo que quieren. Y todo lo que los takistas tenemos que hacer es cerrar la tienda, ¡y punto!

- *Monsieur le président*, ¿puede explicarme por qué su partido se llama a sí mismo los conservadores demócratas?

- Es muy sencillo. Nos oponemos a las viejas camarillas que se dan codazos en el poder. Estamos en contra de las dinastías monopolistas que dirigen la política en este país, ya sean los liberales o los viejos conservadores. Queremos que en la vida política sólo cuenten dos cosas: el sentido del deber y el talento. *Voilà, Monsieur, nos principes* [he aquí nuestros principios, señor]: talento y sentido del deber. Por eso somos demócratas.

- Pero, ¿en qué son ustedes conservadores? ¿Qué quieren conservar?

- ¿Conservar? Queremos... Simplemente, queremos proteger nuestro país... nuestra gente... nuestra nacionalidad.

- Y el presupuesto, ¿no es así, Simeón?

- ¿El presupuesto? Sí, claro. *Que diable!* [¡Qué diablos!] ¿Por qué demonios debe usarse el presupuesto para beneficio exclusivo de las viejas camarillas? No, el presupuesto tiene que adaptarse a estos dos nuevos principios: talento y sentido del deber.

- Entonces, ¿qué pasa con sus lámparas, Simeón?

- Pero cómo, parece que no tienes otra cosa en mente que mis lámparas. Olvidémonos de ellas, ¿quiere usted? Estamos hablando de política.

- Pero...

- *Mais à propos* [Pero, a propósito], ¿qué opina usted de nuestras mujeres?, pregunta de repente el *Président*.

- Simeón, Simeón, estamos a punto de hablar de política.

- Por supuesto. ¿Pero qué cree usted, que nuestras mujeres no tienen nada que ver con la política rumana? *Tais-toi, mon vieux!* ¡Cállate, viejo amigo! No, no, dime por favor, ¿te gustan nuestras mujeres, eh? Al hacer su pregunta, el presidente guiñó el ojo izquierdo, arrugando la frente, los labios y el bigote.

- *Mes meilleurs compliments pour vos femmes, Monsieur le président* [Mis mejores felicitaciones por sus mujeres, señor Presidente], respondí cortésmente, y mientras tanto se me ocurrió que casi todos los rumanos que he conocido me han hecho la misma pregunta, poco después de empezar a hablar.

- La culpa es de ellas. Están arruinando Rumanía. Sí, escríbalo, si está haciendo un estudio sobre nuestro país. No son los latifundistas, no es el presupuesto, no es el militarismo, ¡son las mujeres! Le pregunto, ¿cómo puede un país donde hay tantas mujeres hermosas, hermosas en el pleno sentido de la palabra, permanecer en orden? *Monsieur*, mire, mire allí. ¿Ha visto usted, ha visto usted cómo mueve sus caderas? ¿Qué piensa de eso? ¿Qué piensa usted? ¿Qué piensa usted? En este punto, el presidente del zemstvo hizo algunas aclaraciones que hacían honor a su imaginación meridional.

- Pero Simeón, Simeón, ¿tiene usted sesenta y dos años!

- ¿Sesenta y dos?, exclamé, realmente sorprendido. ¡No puede ser verdad!

- Sí, *Monsieur*, es verdad. Pero, gracias a Dios, aún no estoy descartado. Todavía soy capaz de cubrirme de honores. Nuestras esposas, créanme, son a la vez la causa y el presagio de la ruina que nos amenaza. ¿Y eso por qué? Es muy sencillo. Debo decirles, y esto, fíjense, es un aspecto muy importante de toda la cuestión, que nuestras mujeres no pueden pretender ser inaccesibles. No, no... y todo político, abogado, funcionario quiere tener a la mejor de ellas. Esta es la causa de nuestra ruina. Todos ellos gastan el doble o el triple de lo que ganan. Y el resultado de todo esto es el caos total en el estado. Así es la política rumana. Las mujeres están llevando a nuestro país al desastre.

- ¿Así que no hay salvación, *Monsieur le président*?

Simeón extiende los brazos.

- No veo ninguna. El futuro me parece bastante sombrío. Y al mismo tiempo, los liberales mantienen su posición. Conocen el secreto del éxito, esos chacales. Le daré una comparación que puede ser útil. En 1878, ¿los liberales cedieron lo que quedaba de Besarabia a Rusia como recompensa por una victoriosa guerra rumana contra Turquía! A cambio, recibieron parte de Dobruja, que en aquella época era casi un desierto, habitado no por rumanos sino por búlgaros. Naturalmente, se podría pensar que después de una historia así, los liberales habrían sido derrotados. Pues no, señores, no pasó nada de eso. Siguieron en el poder otros diez años. Por otra parte, ganamos una nueva provincia sin sufrir ninguna pérdida, ¿y qué ocurrió? ¿Creen que conseguimos reforzar nuestra posición? En absoluto. Este otoño (por favor, lo que le digo debe quedar *entre nous* [entre nosotros]) caerá el gobierno conservador. ¿Por qué será eso? *C'est la fatalité* [Es inevitable]. No tenemos disciplina. Aquí, incluso alguien de la nada puede convertirse en líder del partido, ministro o prefecto. Nuestro jefe local es un viejo lisiado. Nuestro prefecto es incompetente e intrigante. Nuestro partido ignora a los hombres que han viajado por el mundo y ampliado sus horizontes.

- Ah, sí. Háblenos, Simeón, de los lugares en los que ha estado.

- ¡Santo cielo! ¡Los lugares en los que he estado! He estado en todas las capitales de Europa y en Norteamérica, en Nueva York, Chicago y Boston. He estado en Rusia, en Varsovia y Vilna. Es verdad, hubo un tiempo en mi vida en que pude ver cosas. *Quan je quittais mon professorat* [Cuando dejé mi cátedra]...

Agucé el oído. Así que era profesor. Un miembro de un zemstvo del mundo de los profesores...

- ¿Profesor de qué, Simeón?

Simeón enarca las cejas, mira de reojo a su interlocutor y vuelve los ojos hacia mí.

- *Moi, je suis un artiste* [Soy artista]. Primero fui profesor en Constanza, luego me convertí en artista...

- ¿Por qué no me explica qué clase de artista fue? insiste su interlocutor. Vamos, ¿no es cierto que balanceaba usted ocho sillas sobre tu nariz, viejo bandido, antes de lanzarse a la política? ¿O eran doce sillas? ¿No?

Simeón ya no pudo controlarse. Se sonrojó, se volvió hacia su perseguidor y replicó en rumano, no en francés, en un tono que puso fin al debate. Aunque sólo entendí a grandes rasgos su respuesta, me dejó sin palabras.

Pero Simeón recordó que había un periodista extranjero presente, tomó un sorbo de vino cortado con agua de Seltz y puso cara de valiente. Reanudó el relato de su impetuoso e instructivo pasado como si nada hubiera pasado. Sí, había sido profesor en Constanza, más concretamente, profesor de gimnasia en las clases superiores. Luego había participado en un encuentro internacional en París, como miembro de una compañía para un espectáculo de danzas nacionales. Esta confrontación con otros artistas decidió su destino. Viajó por el mundo como artista de circo bajo el nombre de Simeón Universul, cosechando grandes éxitos en todas partes y ganando hasta mil dólares por espectáculo.

- Vea usted, este anillo...

- Por favor, mire atentamente este anillo, representa el valor de nuestro amigo, vale seis mil francos...

- *Sacré nom de nom!* [¡Diablos! ¡Caramba!] exclamó el antiguo profesor, rozando esta vez el mal gusto, ¡Intenta menospreciarme otra vez! Este anillo no vale seis, ¡vale quince mil francos! Sí, ¡quince mil francos! Fue un regalo de un club de hombres de negocios de Chicago...

A los cuarenta años, abandonó su carrera artística, se instaló en Dobruja y se ocupó de los asuntos locales. Fue elegido alcalde de Mangalia. Entonces se dedicó a funciones más elevadas y se afilió al partido que lucha por los derechos de los que tienen talento y sentido del deber...

- Bueno, concluyó Simeón inesperadamente, *est-ce que nous feron la noce?* [¿vamos de juerga?]

- Pero es usted infatigable, Simeón, y a sus sesenta y dos años...

- Sabe usted, añade Simeón, resumiendo en una frase su filosofía de vida, es mejor vivir cien años haciendo lo que uno quiere, que doscientos o trescientos años, a medias, tomando toda clase de precauciones.

Simeón nos lleva, en vano, de un café a otro, porque el prefecto ha decidido cerrarlos a causa del cólera.

- ¡Ésa es la política de nuestro prefecto!, exclama Simeón, indignado. Nunca podré trabajar con ese hombre.

Desgraciadamente, es hora de partir. Acompañamos a *Monsieur le président* hasta su casa.

No importa si Simeón tragó espadas y equilibró sillas sobre su nariz. Es una figura política, un pilar de nuestra sociedad, que ayudó a sacar un periódico takista en Constanza. Es publicista. Utiliza la pluma con la misma despreocupación con la que solía equilibrar una docena de sillas sobre su nariz. “Sentido común y un poco de intuición”, explica con dignidad y modestia.

Cuando, en 1908, tras la revuelta campesina, los takistas se separaron de los conservadores, celebraron un consejo en Constanza para fundar un nuevo partido, y el propio Ionescu tomó la palabra. En cierto modo, la reunión fue un gran éxito. Simeón escribió un editorial para su periódico sobre el discurso de Take Ionescu en Constanza. El artículo empezaba así: “He estado en París, Londres, Copenhague, Chicago, Nueva York, Roma y otras ciudades del mundo. He escuchado a Mazzini, Adelina Patti y Gladstone. Vi a Francisco-José, Humberto [I de Saboya] y Félix Faure; fui al pie de la estatua de la libertad y a la Torre Eiffel. Pero nada ni nadie me impresionó más que Take Ionescu”. Simeón es también un orador fogoso. Durante las últimas elecciones parlamentarias, en noviembre de 1912, pronunció un gran discurso electoral, en presencia de un distinguido invitado (el nuevo ministro Badareu, uno de los líderes de los takistas), en el que, entre otras cosas, dijo: “Los conservadores-demócratas siempre han tenido un cerebro: Take Ionescu. Ahora también tienen un cuerpo, que hoy nos acompaña: Badareu. Cuando esta águila moldava tomó el poder, añadió Simeón, señalando con su dedo de diamante al invitado de honor, todo el mundo se alarmó. No va a funcionar, decían, va a hacer otro agujero en las arcas del estado. Pero yo no les creí. No, señores. Puedo decir con orgullo que soy el único que no les creyó. ¿Y qué ha pasado? Han pasado tres semanas desde el histórico día de su toma de posesión. Quien piense que me equivoqué, ¡que se levante! Hizo una pausa, como preparándose para un duelo triunfal con sus enemigos y los escépticos presentes en la reunión, así como con los que estaban lejos...

Simeón es maravilloso, no sólo cuando el cielo está despejado, sino también cuando hay tormenta. Lo más notable es que es el típico representante de su nación, este *président del Conseil général* que aspira a convertirse en prefecto.

En su clásica comedia *Oscrisoare pierduta* (La carta perdida), el genial escritor satírico rumano Caragiale, fallecido el año pasado, fustigaba las costumbres políticas rumanas, al igual que Gógol había hecho con las de la burocracia rusa en *El inspector*. La ausencia total de principios, la vacuidad idealista y verborreica, los engaños de bajo nivel, la alegre corrupción de la moral y el hábil chantaje son los elementos constitutivos de la política y la moral de los gobernantes rumanos retratados en *La carta perdida*.

Nae Catavencu, abogado, director y editor del periódico *El Rugido de los Cárpatos*, fundador y presidente de la cooperativa enciclopédica *El Amanecer Económico Rumano* y Take Farfuridi, abogado, miembro del comité permanente, del comité electoral, del comité escolar el comité agrícola, y otros comités y comisiones, son dos estafadores (uno a gran escala y el otro a pequeña) los Krepičinskijs y Raspljuevs del parlamento rumano, y sus nombres se han convertido en epítetos comunes en las discusiones políticas.

Los tres partidos rumanos en el gobierno están imbuidos del espíritu de Catavencu y Farfuridi. Pero el triunfo final de estos especímenes políticos fue celebre con el partido takista: hombres sin pasado ni futuro, pero con grandes apetitos, pretendían ser reconocidos por el estado. ¿Y qué ocurrió? El propio Caragiale, impetuoso censor moral de los takistas, se unió inesperadamente a ellos para satisfacer sus intereses mundanos. ¡Hay sitio para ti! Inmediatamente después, Carp (el viejo líder de los conservadores, un reaccionario romántico empedernido, pero un hombre de honor a su manera) se reunió con Caragiale. Habían luchado juntos por la defensa de la lengua popular rumana en el seno de la asociación literaria Junimea.

- ¡Quién me iba a decir, exclamó Carpa, que viviría lo suficiente como para verle a usted, a usted, Caragiale, en el papel de Catavencu!

- Vamos, vamos, respondió Caragiale sin pestañear. ¿Yo, un Catavencu? Debe de ser una broma. Catavencu es Take Ionescu, mi honorable jefe. En caso de apuro, soy Farfuridi...

Caragiale contaba a menudo la conversación que tuvo lugar en la acera de la estación de Ploiești. Y el escritor siempre añadía:

- Hasta ahora, seguía creyendo que había una persona inteligente en Rumanía, y esa persona era Carpa. Pero, claro, él también es de los que se toman la política en serio...

Simeón es un espécimen nacional. Por supuesto, si quisiéramos traducir el lenguaje de Catavencu y Farfuridi a la terminología internacional, podríamos argumentar que Simeón combina armoniosamente a Fígaro, Falstaff y Tartarín en una sola persona... Sobre todo a Tartarín¹⁵. No le falta intuición, es jovial y superficial, pero también es astuto y conoce todos los trucos. Elogia la superioridad de Take Ionescu sobre la Torre Eiffel y la Estatua de la Libertad, no sin un interés personal en hacerlo. Es propietario de una tienda que vende equipos de iluminación, los mismos que vende al zemstvo del que es presidente. Por eso no le gusta que le pregunten por sus lámparas. La administración de la policía local ha instalado sus oficinas en una casa de su propiedad. Y aunque Simeón está en desacuerdo con el prefecto, recibe de la policía el triple del alquiler normal por el mismo espacio. Oh no, ¡no hay nada que decir del *Monsieur le président du Conseil général*!

Una vez en el escenario con los tragaespadas y los equilibristas, el antiguo acróbata de circo Simeón Universul, ahora político influyente con un diamante de Chicago en el dedo, no puede definirse como un caso accidental sino como una figura simbólica. Tras esta agradable velada en compañía del *président*, comprendo mejor las costumbres políticas rumanas y al hombre que las describió, Caragiale. “*Quand je quittais mon professorat* [Cuando dejé mi cátedra]”, me digo, mientras me dispongo a leer la traducción de los escritos de Farfuridi. Y le doy las gracias de corazón a Simeón: él me dio la clave de la política rumana.

PS. Simeón Universul ha muerto. Que descanse en paz. Pero el Simeón colectivo y el mundo de la política oficial rumana siguen vivos. El líder del partido del que Simeón era un pilar, el gran Take Ionescu, también ha muerto. Sí, él, el heraldo de los principios de civilización y democracia, el censor de la barbarie soviética, el lacayo de tercera categoría de Francia. Pero el carácter fundamental de la clase dirigente rumana permanece intacto.

Los distintos partidos que gobiernan el país no son más que variantes de un mismo modelo. Hoy, Rumanía no está gobernada por un demócrata conservador, sino por un liberal à la *Siméon Universul*. Pero eso no cambia nada.

12 de julio de 1922

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es

¹ En francés en el original.

² Autor de la *Guía del Medio Oriente*.

³ Trotsky pasó su infancia en Elisabetgrado, hoy en día Kirovograd.

⁴ Gran poeta latín, autor de elegías eróticas y del poema mitológico *La metamorfosis*.

⁵ Primer exilio siberiano de Trotsky en 1900.

⁶ Villa portuaria de Ucrania en el río Dniéper y capital de la provincia homónima del mar Negro.

⁷ Queso.

⁸ Yanovka, en Ucrania, es el lugar de nacimiento de Trotsky.

⁹ Vazov, Ivan (1850-1921). Famoso novelista búlgaro. Participó en la revuelta de 1876 contra los turcos. Después ejerció diversas profesiones. En tiempos del gobierno de Stambulov, Vazov, rusófilo incondicional, emigró a Rusia y no regresó a su patria hasta 1895. A partir de entonces se dedicó exclusivamente a la literatura, con excepción de un breve período (1907) en que fue ministro de educación en el gobierno de Stoilov.

¹⁰ Fiesta musulmana que cae después del Ramadán.

¹¹ “Bendito *bayram*”, “Alá es el más grande”.

¹² Del árabe *mo'adhdhin* (el que llama a la pregaría).

¹³ Lipovanos. Nombre rumano de la secta religiosa *filippovcy*. Se trata de una de las numerosas iglesias nacidas del cisma que desgarró la iglesia rusa en el siglo XVI. Los *filippovcy* participaron en el mayor movimiento de los Viejos Creyentes. Respetuosos con la tradición religiosa, se opusieron a la reforma ortodoxa y abandonaron la iglesia oficial tras su aprobación en el Concilio de 1666-1667. Mientras que muchos de los grupos disidentes regresaron a la iglesia oficial, los *filippovcy*, al igual que todo el movimiento de los Viejos Creyentes, rompieron definitivamente con el Patriarcado de Moscú. Por ello, sufrieron una dura persecución y se vieron obligados a emigrar, en su mayoría a Rumanía. Pequeños grupos de Viejos Creyentes siguen presentes hoy en Rusia.

¹⁴ En este epígrafe todas las itálicas se corresponden con el francés en el original.

¹⁵ *Fígaro*. Personaje de las comedias de Beaumarchais *El barbero de Sevilla* y *Las bodas de Fígaro*. Es el arquetipo de astuto, ingenioso y *bon vivant*. *Falstaff*. Personaje de la obra de Shakespeare *Las alegres comadres de Windsor*. Representa al bon vivant descarado, glotón y embustero. *Tartarín*. Personaje de la novela *Tartarín de Tarascon* de A. Daudet. Es fanfarrón, simplón, ignorante y provinciano.